

Cuerpo y Sangre de Cristo (B)

14 de Junio de 2009



:Lecturas:

- Éxodo 24, 3-8
- Hebreos 9, 11-15
- Marcos 14, 12-16.22-26

:Calendario:

- 14 de Junio: *Día de la Caridad*

:Citas:

“Hay una relación esencial entre Eucaristía y caridad. La celebración de la Eucaristía tiene implicaciones sociales. ‘Cada celebración eucarística actualiza sacramentalmente el don de la propia vida que Jesús ha hecho en la Cruz por nosotros y por el mundo entero. Al mismo tiempo, en la Eucaristía Jesús nos hace testigos de la compasión de Dios por cada hermano y hermana. Nace así, en torno al Misterio eucarístico, el servicio de la caridad para con el prójimo...’ y damos testimonio de la caridad con los más necesitados, como misión esencial de la Iglesia.: El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas sus dimensiones: desde la comunidad local a la Iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia universal en su totalidad.”

Comisión Episcopal de Pastoral Social. Mensaje Día de la Caridad

“El signo de Jesús es pan compartido. No el alimento de las purificaciones y los ázimos rituales (que comen separados los buenos judíos), sino el pan de cada día, al que alude el Padrenuestro: la comida que se ofrece a los pobres, se comparte con los pecadores y se expande en forma universal. Este es su signo: todo lo que ha dicho, todo lo que ha hecho se condensa y expresa en forma de alimento que sustenta y vincula a los humanos. Sin justicia social y comunicación económica no existe de verdad eucaristía.”

Xabier Picaza. De su blog. 12/06/2007

:Acto penitencial:

- Límpiame, Señor, con el agua de tu Espíritu, de mis actitudes egoístas e insolidarias. **Señor, constrúyeme de nuevo.**
- Ilumíname, Señor, con la luz de tu Espíritu, que queme mis esclavitudes y mis orgullos. **Cristo, constrúyeme de nuevo.**
- Lléname, Señor, con la fuerza de tu Espíritu, para que tu misericordia se haga presente en mi corazón. **Señor, constrúyeme de nuevo.**

:Ideas para reflexionar:

La Pascua y la Alianza

Dios se manifestó como el Dios verdadero comprometiéndose en el proceso de liberación de un pequeño pueblo que estaba esclavizado en un país extranjero. Pero el compromiso de Dios no terminó ahí. La liberación de aquel grupo de esclavos no agotaba la pasión de Dios por la libertad.

El día en que salieron de Egipto, los israelitas iniciaron un largo camino por el desierto: tierra despoblada, sin ley ni orden alguno; tierra y camino en donde Israel aprendería a ser pueblo, a dotarse de unas leyes que aseguraran el respeto por la libertad de todos y de un orden en el que nadie se creyera con derecho a ser señor de nadie.

El Señor Dios no se desentendió de los recién liberados, sino que recorrió con ellos aquel camino, los acompañó en aquel proceso. De todo este camino/proceso nos habla el libro del Éxodo.

Dos pasajes de este libro resuenan hoy en el evangelio. El primero (Ex 12,1-20) habla de la Pascua, fiesta que celebraban cada año los israelitas en recuerdo de la última noche de esclavitud en Egipto, noche en la que sus antepasados sintieron con fuerza la presencia liberadora del Señor. En cada familia se sacrificaba y se comía un cordero, el cordero pascual, evocando aquel cordero de Egipto cuya sangre salvaguardó la vida de los primogénitos israelitas y cuya carne les dio fuerzas para emprender el camino (Ex 12,1-14); en cada familia, el padre debía explicar a sus hijos qué significa lo que estaban haciendo: «Esto es lo que el Señor hizo en mi favor cuando salí de Egipto» (Ex 13,8). Era, por tanto, un día de acción de gracias por la liberación conseguida gracias a la intervención de Dios.

El segundo pasaje (primera lectura) se refiere a la ratificación de la Alianza. Dios quiso dar a su compromiso un carácter solemne; así, cuando «a los tres meses de salir de Egipto, los israelitas llegaron al desierto de Sináí...» (Ex 19,1) el Señor les hizo sentir allí, de un modo especial, su presencia; a los que había sido esclavos y estaban aprendiendo a ser libres les habló y les propuso un pacto, una alianza: Él, que los había librado de la esclavitud (Ex 20,2), se comprometía a estar siempre presente entre ellos que, a partir de ese momento, serían su pueblo, su propiedad privada; ellos, a su vez, debían comprometerse a no reconocer como dios a nada ni a nadie más que a él y a obedecer sus mandatos (Ex 19,5-6; Jr 7,23; 11,4; 24,7; Ez 11,20; 14,11) que, fundados en la experiencia de la liberación (Ex 20,2; Dt 5,6), les exigían dar culto sólo a él, Dios liberador, y respetar la dignidad y los derechos de la persona, cuya violación ellos habían sufrido cuando eran esclavos en Egipto (Ex 20 3 17 Dt 5 7 21). El pacto fue iniciativa de Dios (Ex 19,4), los israelitas, ya hombres libres, libremente lo aceptaron (Ex 19 8 24 3). Entonces se celebró una ceremonia para ratificar la alianza.

Un nuevo compromiso

Pero aquel acuerdo no fue suficiente, no dio el resultado esperado. Y no porque Dios faltara a su palabra, sino porque los hombres casi nunca mantuvieron la suya. Es cierto que, aunque suene a disculpa, resulta difícil ser fiel a ciertos compromisos en nuestro mundo. No son las exigencias del Dios de la libertad lo que parecen inspirar las acciones de los responsables del orden de las sociedades humanas. Es verdad que se les llena la boca cuando usan estas palabras -justicia, libertad, igualdad, paz-; pero en sus bocas acaban siendo o palabras huera o, más bien, falsas mentiras como falsos son los dioses que las inspiran.

Dios quiso que hubiera una segunda oportunidad. Y volvió a acercarse a la humanidad aunque esta vez su presencia fue verdaderamente singular: en un Hombre compartió la vida de los hombres. Y con la vida del Hombre aquel mostró hasta donde estaba dispuesto a llevar su solidaridad con la humanidad y hasta donde debía llegar la solidaridad entre los humanos: hasta el don de la propia vida, -totalmente, si ello era necesario-, para desterrar la opresión y la muerte de las relaciones entre los hombres.

Si leemos el relato de la institución de la Eucaristía a la luz de todo esto, nos daremos cuenta de cuál es su verdadero significado: la primera alianza no fue más que un ensayo, un anuncio de otra más importante que habría de venir. La relación del hombre con Dios no podía consistir en fingir un parentesco, o en simbolizarlo ritualmente, sino en la comunicación de su verdadera vida; y la armonía en las relaciones de la humanidad con su Creador no podían reducirse -Dios no quería que se quedaran reducidas a eso- a un pacto exterior en el que la comunidad de vida sólo era un símbolo expresado en la sangre derramada de animales.

Nueva Pascua, nueva Alianza, nuevas exigencias

La misión de Jesús está llegando al final. Todo lo que tenía que hacer para animar a los hombres a incorporarse al proceso de liberación que él debía iniciar está prácticamente hecho. Ahora, en un clima de

clandestinidad –«los sumos sacerdotes y los letrados andaban buscando cómo darle muerte prendiéndolo a traición» (Mc 14,1)-, va Jesús a celebrar la Pascua con sus discípulos; como la primera vez, habrá que esperar a que pase la noche (Ex 12,22) para que, cuando amanezca un nuevo día (Mc 16,2), al vencer la vida a la muerte, se abran definitivamente las puertas de la libertad.

Marcos no da detalles sobre la cena; no dice que se observara el ritual de la Pascua judía. Centra la atención en dos gestos de Jesús que expresan el sentido de la nueva Pascua y de la nueva Alianza. El primero no está recogido en el leccionario oficial para la fiesta de hoy: Jesús denuncia ante sus discípulos que uno de ellos lo va a traicionar entregándolo a quienes pretenden darle muerte (Mc 14,17-20). Es uno que está compartiendo la misma fuente de comida con él: alguien a quien él está ofreciendo su amistad y con quien está dispuesto a compartir la vida. La denuncia de Jesús tiene un doble valor: por un lado, la advertencia al traidor es una muestra de amor más, un último intento de ganarlo para su causa, la de Jesús.

Para Jesús supone la aceptación de la propia muerte. No porque él busque morir, sino porque su compromiso de amor con la liberación de la humanidad así lo exige; o, más exactamente, porque los enemigos de la libertad van a intentar por todos los medios hacerlo fracasar.

Una vez aceptada la muerte, Jesús realiza otro gesto que recuerda el reparto de los panes y los peces; pero ahora, al repartir el pan, Jesús añade: «Tomad, esto es mi cuerpo». El pan que ahora se reparte es la misma persona de Jesús. Jesús se ofrece a sus discípulos, quiere que lo acepten como el nuevo cordero, como el alimento que garantiza sus vidas y les da fuerza para caminar hacia la libertad definitiva. Además, este gesto completa la exigencia significada en el reparto de los panes (Mc 6,38-46; 8,1-8). Hay que compartir el pan de cada día; pero esto no basta: es necesario estar dispuesto a darse personalmente en favor de la vida y la libertad de todos.

Después, Jesús pasa una copa de vino; cuando han bebido todos, les explica el significado de aquel trago: si han aceptado su vida, eso supone que aceptan también sus exigencias, las de una nueva alianza, «la alianza mía». La copa contiene la sangre de esa nueva alianza; no es sangre de un animal; aquella sangre es el Hombre que se entrega a la muerte para que los hombres vean que es posible el amor sin límite alguno. Y nadie la rocía sobre el grupo: cada uno debe coger y beber la copa, aceptando libre y personalmente la nueva alianza. Aquella sangre, vida que se entrega, expresa por sí misma la exigencia de la nueva alianza: si dejamos que corra por nuestras venas es porque estamos dispuestos a derramarla por la misma causa por la que pronto va a ser vertida: para mostrar el amor por el hombre, fieles hasta el final al proyecto de Jesús.

Y porque en esa nueva alianza se compromete también el Dios de la vida y la libertad, el pan y el vino se reparten y se comparten después de bendecir al Señor y darle gracias.

La Eucaristía es, por tanto, acción de gracias al Padre y solidaridad con el Hijo del Hombre y con los hombres; fuente de vida y exigencia de amor; presencia de Jesús y compromiso en favor de la justicia y de la igualdad; acción de gracias a Dios Padre y experiencia de vivir en un mundo que se va haciendo -que vamos haciendo que sea- un mundo de hermanos.

El “Corpus” es una fiesta en muchas de nuestras ciudades y pueblos. Pero, ¿qué es realmente lo que celebramos? Como todas las fiestas cristianas, tendría que ser la fiesta de la fraternidad en camino, buscada, luchada, anunciada y anticipada ya, aunque todavía no plenamente realizada. Y denuncia y protesta por todas las causas que impiden que toda la humanidad pueda vivir su vida como una permanente fiesta.

Rafael J. García

:Peticiónes:

- Por la Iglesia, para que entendamos que tenemos un compromiso profundo de trabajar siempre para que se vean respetados y defendidos los derechos de todas las personas en todo el mundo. **Gracias por darnos de este pan**
- Por todas las personas que, de un modo u otro, desde Cáritas o desde cualquiera otra organización, son la voz de los sin voz; para que nunca se cansen en su trabajo y encuentren siempre nuestra ayuda solidaria. **Gracias por darnos de este pan**
- Para que los necesitados de cualquier condición tengan la seguridad de encontrar siempre acogida, compañía y ayuda en nuestras comunidades. **Gracias por darnos de este pan**
- Para que los responsables de la política y la economía se sientan responsables de los pueblos que viven en el subdesarrollo y la indigencia. **Gracias por darnos de este pan**
- Por todos nosotros, que compartimos una vez más la mesa solidaria de la Eucaristía. Para que comprendamos que esta mesa significa comunión frente a la exclusión, integración frente a marginación; participación frente a insolidaridad. **Gracias por darnos de este pan**

:Oraciones:

MI CUERPO ES COMIDA

Mis manos, esas manos y Tus manos
hacemos este Gesto, compartida
la mesa y el destino, como hermanos.
Las vidas en Tu muerte y en Tu vida.

Unidos en el pan los muchos granos,
iremos aprendiendo a ser la unida
Ciudad de Dios, Ciudad de los humanos.
Comiéndote sabremos ser comida,

El vino de sus venas nos provoca.
El pan que ellos no tienen nos convoca
a ser Contigo el pan de cada día.

Llamados por la luz de Tu memoria,
marchamos hacia el Reino haciendo Historia,
fraterna y subversiva Eucaristía.

(Pedro Casaldáliga)

Puedes escuchar o descargar [aquí](#) este poema musicado por Juan A. Espinosa